3.17. bis

PACTO SOCIAL Y PACTO POLITICO EN PORTUGAL.

J. Solé-Tura

La actualidad política es una gran devoradora. Entre mi comentario anterior y éste han pasado quince días. Y en esos quince días ha ocurrido algo tan importante como el segundo turno de la elección presidencial en Francia. Quizá sea todavía el momento de intentar un análisis de esta elección, pero mis compañeros periodistas ya han tocado profusa y certeramente el tema y, por otro lado, creo que es mejor dar tiempo al tiempo. El gaullismo ha terminado y empieza una nueva fase de la política francesa. El frente de las derechas ha ganado por los pelos y es ahora cuando van a manifestarse sus contradicciones, sobre todo con la perspectiva a corto plazo de la crisis económica. Tendremos ocasión de insistir en el tema.

En cambio, la cuestión de Portugal parece más definida. Ahora se está entrando de lleno en los grandes problemas, pero no con la espectacularidad de los primeros momentos, cuando la caída del salazarismo y la conquista de las libertades políticas daban a Portugal, por derecho propio e indiscutible, la primera página de los periódicos.

Ahora tenemos más elementos para calibrar lo que ha ocurrido y ocurre en Portugal. Podemos definir mejor la entidad de los cambios operados. Y lo primero que se percibe es que la caída del régimen salazarista de Caetano ha sido efecto y resultado de un pacto político más o menos definido, pero real.

El pacto político explícito ligaba a algunas fuerzas de la oposición, desde liberales a comunistas. Pero el pacto político por si mismo no resultaba suficiente, en el caso de Portugal, para ahondar las contradicciones del régimen de Caetano y provocar su hundimiento. Lo decisivo fué la división del Ejército, tanto por

lo que significó [redacted] liberación de un potencial movilizador como por lo que representó de pérdida de una de las principales [redacted] bases de apoyo del [redacted] régimen salazarista.

El Ejército se dividió entre una ultraderecha colonialista e inmovilista y un vasto sector de militares que consideraban imprescindible un cambio. Pero entre estos últimos había y hay importantes diferencias en cuanto a la visión de [redacted] lo que debe ser ese cambio. Los coroneles y capitanes constituyen una fuerza avanzada muy importante. Pero no tienen el peso político suficiente para seguir adelante por su cuenta. A su vez, el general Spinola y sus seguidores necesitaban apoyarse en este sector radical del Ejército para librarse de la ultraderecha. Una vez conseguido el objetivo común -- quitarse de encima un régimen que no les dejaba ningua posibilidad de maniobra -- los dos sectores del Ejército han tenido que llegar a un compromiso: los oficiales radicales han tenido que aceptar que el general Spinola ejerza la presidencia; el general Spinola ha de aceptar la presencia política organizada de los oficiales.

Esa intervención del Ejército y su compromiso interno ulterior han abierto el camino para que las fuerzas políticas se manifiesten libremente y las diversas clases y fracciones de clase se organicen sin cortapisas. Esto es muy importante. El pacto político anterior actuó, seguramente, como un acelerador de este proceso, en la medida que dió garantías a los militares sobre las consecuencias de su acción. El pacto ha permitido también rellenar con rapidez la escena política, evitar grandes vacíos y estabilizar mínimamente la nueva situación. Los militares y los partidos civiles se necesitaban mutuamente y ésta ha sido la base de otro pacto, el que ha presidido la formación del actual gobierno.

Se ha creado, así, a nivel político una determinada correlación de fuerzas. Pero esta correlación de fuerzas se define también a otros niveles. Así, por ejemplo, pocas cosas han cambiado en los datos fundamentales de la estructura social. En Portugal ha habido, obviamente, una importanta transformación política pero

no una revolución social. Las clases dominantes no han perdido sus bazas principales y ya se preparan a forjar nuevos instrumentos de acción política en la nueva situación. La presencia de un determinado sector del Ejército en la cúspide del nuevo poder es, precisamente, una garantía de que estas clases podrán llevar a cabo su reorganización política sin dificultades extremas. No es de extrañar, pues, que algunos sectores de la vieja oligarquía estén con la Junta de Salvación y hasta le acuerden ciertas ayudas financieras.

Puede decirse, pues, que la intervención del Ejército y la acción más o menos eficaz de las fuerzas políticas de oposición han arrancado a la oligarquía portuguesa su instrumento de poder y la han forzado a aceptar un régimen de amplias libertades políticas. El pacto inicial se ha transformado, pues, en un amplio compromiso político, cuyo denominador común es el reconocimiento de las libertades políticas.

A partir de aquí se abre una nueva fase de la lucha política. Las fuerzas de derecha presentes en el nuevo régimen, tanto en el gobierno como en las fuerzas armadas, presionarán ahora por modificar en su favor la correlación de fuerzas. Su baza principal no será el restablecimiento puro y simple de la dictadura (bajo una forma militar), porque no tienen por ahora fuerza suficiente para intentarlo. Esta baza principal será más bien la transformación del actual compromiso político en pacto social, en acuerdo de colaboración de clases en todos los niveles, sobre la base política de la defensa del interés nacional.

Es aquí donde está ahora la clave de la cuestión. Un pacto social significa poner en primer plano no el interés de clase sino el interés conjunto de las diversas clases. Y ¿cuál puede ser ese interés conjunto en un país como Portugal ? Tomemos el caso de las colonias. Para las clases dominantes, el interés nacional sería mantener la dominación en los territorios coloniales. Pero aceptar la continuidad de esa dominación sería aceptar la continuidad del poder político y

social de estas mismas clases dominantes, significaría, por parte de las clases populares, renunciar pura y simplemente a modificar en su favor la actual correlación de fuerzas. Transformar el actual compromiso político en pacto social sería, pues, dejar la iniciativa en manos de las clases dirigentes y aceptar una involución conservadora del actual régimen, a plazo más o menos corto.

Lo que se ha conseguido en Portugal es un compromiso político muy importante. Pero la correlación de fuerzas que este compromiso revela y sanciona no es una correlación fija y estabilizada. Por la acción combinada de las contradicciones de unos y el empuje de otros se ha llegado hasta ahí. Y ya es mucho. Pero nada está decidido. Las clases dominantes están a la defensiva, pero no en una situación de agobio. Las clases populares han obtenido las libertades, pero no están todavía a la ofensiva. Todos los grupos políticos responsables procuran mantener el actual equilibrio, porque sólo este equilibrio les garantiza una posibilidad de desarrollo futuro y de cambio favorable.

Pero confundir el mantenimiento de ese equilibrio con un acuerdo a otro nivel, con la aceptación de un pacto social sería condenar a las masas populares a un papel de subordinación, sería ponerlas remolque de los intereses dominantes, sería renunciar a aprovechar las grandes potencialidades de la situación actual.

Este es un aspecto de la cuestión, fundamental sin duda. Pero hay otro, no menos importante. Y este otro es cómo modificar la correlación de fuerzas a partir de la situación actual. Es un problema complejo y para el cual no hay recetas prefabricadas. Lo que no tiene nada que ver con esto es, desde luego, la famosa estrategia del desbordamiento de que hablan los grupúsculos. Desbordar a un adversario significa constreñirle a aceptar posiciones cada vez menos favorables para él. Y esto significa aglutinar fuerzas suficientes a través de una lucha compleja en todos los niveles. En cambio, para las tendencias grupusculares el desbordamiento es una presión sobre todos los grupos y sectores que aseguran el actual equilibrio, en forma de acciones

dispersas que dificulten el mantenimiento de ese equilibrio. Pero romper el equilibrio cuando no se tienen fuerzas para capitaliar la ruptura en beneficio propio es ir derechamente a la catástrofe. Y eso también puede ocurrir.

Habrá que seguir muy de cerca la experiencia de Portugal. Lo que ha ocurrido hasta ahora ha sido importante y espectacular. Pero más importante a todos los efectos será lo que ocurra a partir de ahora.

"El Noticiero Universal"
25 - mayo - 1974.